219

UNA

AVENTURA DE FELIPE I

(EL HERMOSO)

DRAMA HISTORICO, EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

DON FRANCISCO SICILIA DE ARENZANA

representado por primera vez, con extraordinario éxito, en el teatro del Circo, en la noche del 26 de Mayo de 1870.

PRECIO: 4 REALES.

MADRID: 1870.
IMPRENTA DE BERENGUILLO,
Huertas, 70.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá. sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con quienes haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion. Los comisionados de las galerías dramáticas y literarias de los Sres. Gullon é Hidalgo, son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representacion. Tam-bien están encargados de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

[349:6]

UNA

AVENTURA DE FELIPE I

(EL HERMOSO)

DRAMA HISTORICO, EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

DON FRANCISCO SICILIA DE ARENZANA

representado por primera vez, con extraordinario éxito, en el teatro del Circo, en la noche del 26 de Mayo de 1870.

MADRID: 1870.
IMPRENTA DE BERENGUILLO,
Huertas, 70.

Á LA MEMORIA DE MI MALOGRADO PADRE,

D. PIO SICILIA DE GIL,

dedico este mi primer trabajo dramático, como débil muestra del indeleble recuerdo que le guarda mi corazon.

EL AUTOR.

PERSONAJES.	ACTORES.
ADRIANA.....	Sra. Carceller.
ADOLFO.....	Sr. Chasse de Lamothe.
EL REY FELIPE I.....	Gutierrez.
ALCOCER.....	Juncos.

La accion pasa en las cercanías de Valladolid, en 1506.

ACTO ÚNICO.

El teatro representa un pintoresco declive, cubierto de verde yerba, florecillas y arbustos, á orillas del rio Pisuerga.—A la derecha, una casita de agradable aspecto.— A la izquierda y en el fondo, un conjunto de árboles, y en lontananza se destaca la ciudad de Valladolid.—Al levantarse el telon, se oye vagamente sordo rumor de voces y el combinado sonido de varios timbales, por la parte de Valladolid: despues alterna y se mezcla con ellos la vibracion producida por el bandeo de algunas campanas. Todo esto dura, disminuyendo paulatinamente, hasta la cuarta parte próximamente de la primera escena.—Alcocer, de bastante edad, y Adolfo, jóven, aparecen en escena por la puerta de la casita, con trage de la época y ciñendo espada.

ESCENA PRIMERA.

ALCOCER *y* ADOLFO.

ALCOCER. ¿Qué ruido es ese que escucho?
¿Por qué las campanas vibran,
apagando del timbal
la belicosa armonía?

ADOLFO. Esas voces y esos ruidos
que os sorprenden, los motiva
el advenimiento al trono

de don Felipe. ¡Magnífica
exaltacion!

ALCOCER. ¿Tú conoces
al nuevo rey?

ADOLFO. Ni de vista.

ALCOCER. Ni yo. Dame pormenores
de su viaje.

ADOLFO. Oid.

ALCOCER. Principia,
pues aunque hace ya dos meses
que se encuentra en la Península,
solo sé por mis achaques
alguna que otra noticia.

ADOLFO. Seis meses há que de Flandes
partió, y ayer de Castilla
en la córte penetró,
entre vítores y vivas,
* (1) (vivas cuyas vibraciones
* alegraron la campiña
* que del Pisuerga al susurro
* yacia triste ó dormida),
con el príncipe don Cárlos
y doña Juana....

ALCOCER. Su víctima.

(Manifiesta Alcocer disgusto á los elogios que del rey hace Adolfo; éste, marcada alegría.)

ADOLFO. Burlando de don Fernando
la ambicion y las intrigas,
ora en los Paises Bajos,
ya en las Británicas Islas,
donde arribaron porqué
las olas embravecidas,
con sus montes de cristal
y sus imponentes simas,

---

(1) Todos los versos precedidos de asteriscos, se suprimieron en la representacion.

destrozar amenazaban
de sus galeras las quillas,
que ora tragan, ora escupen
sus cráteres sin medida.

ALCOCER. Tal vez Dios, siempre clemente,
tendió con piedad su vista
sobre este pueblo inexperto
que por su propio mal mira,
creyendo, al variar de reyes,
hallar el colmo á la dicha.

ADOLFO. No lo juzgo así.

ALCOCER. Yo sí.

ADOLFO. *Vox pópuli, vox divina.*

ALCOCER. No siempre.

ADOLFO. Mas cuasi siempre.

ALCOCER. Y cuando el bien se entroniza,
¿á qué buscar...?

ADOLFO. ¿Cómo no
buscar el colmo á la dicha?

ALCOCER. ¡El colmo! Si otro Fernando
no encontrarán, á fé mia.

ADOLFO. Sin su ambicion...

ALCOCER. Es loable,
sin él, el trono peligra.

ADOLFO. ¿Pero es justo? Doña Juana,
de Isabel única hija,
debe heredarla y sentarse
en el trono de Castilla
con su esposo, y don Fernando,
dejando su tutoría,
ocupar el de Aragon.

ALCOCER. ¿No es buen rey?

ADOLFO. ¿Y la justicia?
¿Y la voluntad del pueblo?

ALCOCER. No: de cierta camarilla.
De señorones feudales
la ambicion solo motiva

esas promesas falaces
de libertad y justicia.
Encumbrados por Fernando,
contra Fernando conspiran,
porque Fernando no quiere
colmar más aún su avaricia.
Además, Juana es la reina,
Juana á su padre suplica
que reine por ella.

ADOLFO. ¡Y qué!
¿es el trono de la hija,
ó es el trono castellano,
para que así se decida
del destino de los nobles
habitantes de Castilla?

ALCOCER. Esas son quimeras.

ADOLFO. Niego.

ALCOCER. Pero ¿quién lo solicita,
y á quién se lo dais? ¡A él...
extranjero! ¿No palpita
la sangre de altivos genios
nacionales en las fibras
de un castellano, que así
á la patria se denigra?
¿Y en qué títulos se apoya?
¿En qué hazañas tan invictas?
¡En declarar á su esposa
imbécil! ¡Cuánta perfidia!

ADOLFO. ¿No sabeis que se ha acordado
que á la par reinen?

ALCOCER. ¡Supina
inocencia! ¡No comprenden
que eso nada significa;
que él reinará, y que seremos
de sus deslices las víctimas!
¿Y al honor patrio aclamais?
¿Y dais á tal rey estima,

siendo así que al honor patrio
ataca, hiere y mancilla?
Porque siendo castellana,
honrada, noble y bien quista,
quien la ofende, nos ofende;
quien la humilla, nos humilla.
Pero prosigue.

ADOLFO. Prosigo.
¿Quedábamos?...

ALCOCER. En las Islas....

ADOLFO. Pues bien; allá, en Inglaterra,
gustaron paz y delicias
por tres meses. ¡Falsa cárcel
de diplomática intriga!
Y ansiando que la diadéma
sus sienes y frente ciña,
surcan el vidrio ondulante,
que ora se riza ó desriza,
al impulso oscilador
de los vientos y las quillas,
y del piélago profundo
la inmensidad ya dominan;
y la distancia se acorta,
y la tierra se divisa,
y, *peces-aves*, las naves,
bogan y vuelan solícitas,
y ya las velas amainan,
las banderolas se izan,
y, orzando, de la Coruña
dan en el puerto.

ALCOCER. ¡Oh desdicha!

ADOLFO. Nuestros reyes desembarcan,
y España les felicita.

ALCOCER. ¡Pobre patria! Por hermoso
la muchedumbre le admira;
sin mirar que es extranjero,
sin ver que en él no palpita

nuestra sangre y nuestro amor
por las glorias de Castilla,
sin atender que á su esposa
desdeña y nuestra hidalguía,
á quienes debe, há cuatro años,
honores, tronos y dichas.

ADOLFO. Su inexperiencia....

ALCOCER. Su orgullo
le hizo dejar á Castilla,
no sin antes dar indicios
de escupirnos y escupirla.
Debiera tener Felipe
más apego á su familia,
ménos despego á su esposa,
al rey y patria adoptiva,
y no desoir los ruegos
de patria, rey y familia.

ADOLFO. Se unió á su esposa ya....

ALCOCER. Sí,
porque ella por él delira
y fué en su busca; por eso
de loca el mote la aplican.

ADOLFO. Pero resarció su falta,
y las demás resarcidas
pronto quedarán.

ALCOCER. ¿Y cómo?

ADOLFO. Con su amor y su justicia.

ALCOCER. Quien ayer obró tan mal,
hoy confianza no inspira.

ADOLFO. Los españoles no faltan
á su juramento.

ALCOCER. Un dia
del año pasado, en Toro,
las Córtes, arrepentidas,
por regente proclamaron
á don Fernando de su hija.

ADOLFO. Pero fué inútil.

ALCOCER. Lo veo.
ADOLFO. ¿Por qué variaron?
ALCOCER. Indican
con ese cambio el error
de su acuerdo; y más valdria
que en el paladar las lenguas
se hubieran secado un dia,
antes de jurar por rey
al que en el error milita.
ADOLFO. Pero juzgais sin saber
lo que será.
ALCOCER. Se adivina
por las familiares faltas
que trazan su egregia vida.
ADOLFO. ¿Un hecho?...
ALCOCER. La conferencia
verificada en Galicia,
dispuesta por consejeros
que en ambos bandos militan,
prueba bien lo que uno vale,
lo poco en que otro se estima,
el fausto que el loco gasta,
la humildad que al titan guia.
ADOLFO. Esa es leve falta.
ALCOCER. ¡Leve!
Es norma de sus medidas.
Y esa turba de alemanes
que en su séquito militan,
vendrán á ser sanguijuelas
de nuestra patria querida.
ADOLFO. No los nobles castellanos
tendrán la espada en la cinta,
ni su honor fuera de sí,
ni su altivez reducida,
ni su amor propio velado,
ni por preciosas sus vidas,
si aperciben un quilate

de desden que tienda á herirlas;
pues no ha sufrido jamás
á los tiranos Castilla.

ALCOCER. La efusion de sangre debe
evitarse; y no concibas
que basta el querer tan solo
para evitar la mancilla
hacer un esfuerzo: ¡cuántos,
cuántos esfuerzos y vidas
son precisos á arrancar
de raiz las dinastías!
Un rey que el letal veneno
solo gusta de la orgía,
y de inmundas bacanales,
y de escandalosas giras;
un rey que á la faz del mundo
escupe sobre su víctima
un repudio, y con sus obras
se denigra y nos denigra,
¿debe ocupar entre pompas
el sólio de las Castillas?

ADOLFO. No es fácil nos entendamos.

ALCOCER. Dejémonos de política,
y vamos á continuar
la tarea interrumpida:
yo, mi historia.

ADOLFO. Mi oda, yo.

ALCOCER. Se me olvidaba. Registra
mis papeles, y....

ADOLFO. Ya sé.

ALCOCER. Yo andando voy.

ADOLFO. Yo enseguida. (Vánse.)

ESCENA II.

ADRIANA. *Aparece por el fondo cogiendo flores.*

Imágenes del dolor
y escenas de falso amor,
huid el recuerdo aciago;
que solo me dais por pago
la vergüenza y el terror.
Aquí, de mi amor primero
fracasó la dulce calma:
y ¡ay Adolfo! aunque te quiero
y seré tuya, no espero
borrar su amor de mi alma.

ESCENA III.

ADRIANA *y* ADOLFO, *con escritos.*

ADOLFO. ¡Adriana!
ADRIANA. ¡Adolfo!
ADOLFO. Mi vida,
mi ilusion y mi esperanza:
¿Qué hacias?
ADRIANA. Coger, bien mio,
estas flores delicadas. (Se las dá.)
ADOLFO. Flores que son un tesoro
para mí.
ADRIANA. ¿Para tí...? calla,
que acaso...
ADOLFO. ¿Dudas?
ADRIANA. No sé
si debo dudar.
ADOLFO. Adriana,

faltarte yo...

ADRIANA. Todos dicen
eso mismo, y luego...

ADOLFO. Calla.
¿Qué prueba mi vuelta? ¿Acaso
nada dice mi constancia?
¿Quizás el pedir tu mano
no te prueba nada, nada?
¿Tu posicion...?

ADRIANA. No la tengo.

ADOLFO. ¿Tu nobleza...?

ADRIANA. Soy bastarda.

ADOLFO. Si nobleza y posicion
tú no tienes, ¿qué me llama?

ADRIANA. (¡Lo mismo decia Juan!...)
Entonces ¿de tus palabras
tengo que fiarme?

ADOLFO. Sí,
puedes estar confiada.
Sí, amor mio, que en tu ausencia
más mi anhelo acrecentabas,
y aquello de «ausencia es aire»,
era fuego para mi alma.
¿Recuerdas, dime, el murmullo
de la fuentecilla mansa,
que flores mil y mil guijas
con claros cristales baña,
de nuestros puros amores
confidente solitaria?

ADRIANA. ¡No he de recordarla! Sí;
cuando en las dulces mañanas
del Abril, junto á su borde,
las horas se deslizaban
como instantes de placer,
como venturosas ráfagas.

ADOLFO. Allí te expresé mi amor.

ADRIANA. Tu turbacion, tus miradas

de ansiedad, tu arrobamiento
y tu primera palabra
de amor, tu fuego y promesas,
aquí las tengo grabadas.

ADOLFO. Bien mio, gracias. Supongo
que fidelidad me guardas.

ADRIANA. Me agravias si no lo afirmas.

ADOLFO. No tengo duda. (Me ama.)

ADRIANA. Y aún recuerdo y casi siento
el rodar frio en mi cara
de tus lágrimas brillantes
cuando me dejaste.

ADOLFO. ¡Adriana,
dejarte dices! No tal;
en mi pecho te llevaba
y en mi mente, y eras tú
la que mi musa inspirabas.
Mis cantos.... son el espejo
de la pasion de mi alma,
que en la gran cámara oscura
del mundo tu sér destacan.

ADRIANA. ¡Oh placer! ¿Dices que yo...?

ADOLFO. Mi gloria es tuya.

ADRIANA. Dios lo haga.
Adolfo, no puedo ya
resistir más esta llama
de mi corazon: te adoro
con toda efusion.

ADOLFO. Adriana,
¿á qué dilatar el plazo
de nuestra union sacrosanta?

ADRIANA. ¿Por qué negarte que ansío,
de Dios ante el ara sacra,
recibir esa coyunda
que al hombre y mujer ensalzan?
Que es el hombre á la mujer
lo que para el pez el agua,

lo que á los séres el sol,
lo que la fé para el alma:
¡que la mujer sin el hombre
es una exótica planta!

* ADOLFO. Tienes razon.

* ADRIANA. Si de niñas
* el espíritu nos lanza
* á buscar en otros séres
* de sexo distinto una ámplia
* expansion; si de muy jóvenes
* nuestra existencia resbala,
* soñando siempre, soñando
* de Cupido las miradas,
* ¿qué no pasará á mi edad,
* cuando el corazon estalla
* por un suspiro, un piropo,
* un alelí y una carta?

ADOLFO. Así me gustas; jamás
dobleces tenga tu alma.

ADRIANA. No; que por ellas perdemos
la dicha de nuestra infancia.

ADOLFO. La edad de las ilusiones.

ADRIANA. La edad feliz como nada.

ADOLFO. Libre el corazon de penas,
la mente tiende sus alas,
sin que á su donoso vuelo
turben las penas mundanas.
Se conmueve con lo bello,
se sonrie en las desgracias,
es su amor siempre feliz,
el oro no excita su ánsia,
el orgullo no conoce
y duerme sueños que encantan.
* Las ilusiones son gloria
* que sobre el orbe resbalan
* burlando al materialismo
* y al corazon dando calma:

por eso al niño, al imberbe
y al jóven tanto le halagan
los dias de esa existencia
de ilusiones tachonada;
mas luego, el materialismo
se enseñorea en sus almas,
y ante él huye la ilusion
y el goce nos arrebata.

ADRIANA. ¡Oh! ¡quién tuviera la mente
y el corazon de la infancia!

ADOLFO. ¿Eres infeliz?

ADRIANA. No, pero,
hoy de dichas rodeada,
un vago presentimiento
á mi pesar turba el alma.

ADOLFO. ¿Cuál?

ADRIANA. No lo sé.

ADOLFO. ¿Acaso.... temes...?

ADRIANA. Yo te creo: sé que me amas;
veo que te amo, y contemplo
en el colmo mi esperanza,
y, apesar de todo, dudo,
y mi corazon se abrasa.

ADOLFO. ¿Cómo?

ADRIANA. La duda.... es la duda
del porvenir.

ADOLFO. Pero tantas
ilusiones....

ADRIANA. No; no temas.
La imaginacion no pára
en nuestra edad, y á un placer
pone enfrente una desgracia.

ADOLFO. Si en amor está tu dicha,
dicha tendrás.

ADRIANA. ¿Sí?

ADOLFO. Sí, Adriana;
huérfano soy, pobre y loco;

que siempre es loco quien ama.
Pero hay un mundo sin límites
que mi altiva mente abarca,
y que á explotar va los ricos
veneros de sus entrañas:
solo por tí y para tí.

ADRIANA. Para los dos.

ADOLFO. ¡Oh, Adriana!

ADRIANA. Siempre mi amor será tuyo.

ADOLFO. Y siempre tuya mi alma.
Mi juramento compruebe
lo que dicen mis palabras.
* Y así como estos arroyos
* son, sin duda, á la campaña
* otras tantas vetas de oro,
* solo aparentando plata,
* que al terreno por que cruzan
* le fecundizan y bañan,
* así tus palabras son
* el oro de mi esperanza.
Pero tu tutor me espera.

ADRIANA. ¿Mi tutor tan de mañana?

ADOLFO. Bajo la verde techumbre
de ese bosque, que engalanan
las entretejidas orlas
de mil diferentes ramas
que bordan flores, me espera
para leerle la Iliada;
* que el pecho, en ardiente pira,
* se inspira en piras de fama.
Adios, alma mia.

ADRIANA. Adios,
no te olvides de tu Adriana.

ADOLFO. Olvidarme... ¡tú aún no sabes
cómo los poetas aman!

(Se va hasta el fondo con Adolfo y se oculta, cogiendo flores, despues de despedirse de él.)

ESCENA IV.

FELIPE, *vestido como un caballero de la época: oculta bajo este ropaje uno muy rico y con insignias de rey.*

Deleite, ausencia y placer
cuatro años hace que apuro,
sin que olvidar pueda el sér
único que á mi poder
resistirá, de seguro.
Solo, una tarde, seguia,
por cierta cita, el sendero
que á ese valle conducia,
cuando la ví que venia
por mi mismo derrotero.
Medió entre verla y hablarla
y declararme un instante:
me oyó, y sospeché lograrla,
y lo que hice por burlarla
me trocó en loco y amante.
No era su amor, su belleza,
lo que me aferró á mi empeño,
sino su noble entereza,
la virtud en su pobreza,
que me parecia un sueño.

(Unos momentos de pausa. Da varios pasos, examinando los alrededores con curiosidad.)

Entre el oro y el amor,
amor logrará más que oro,
más que fama y esplendor.
Y hoy, ó salva su tesoro,
ó liba su deshonor.
Y aunque el funesto desvío
desechar mi pecho afana,

no lo consigo, Dios pio;
quisiera querer á Juana,
y es de Adriana mi albedrio.

(Viendo á Adriana que se acerca por entre a enramada.)

Es ella, Dios mio, es ella,
la maga de mi destino,
tan seductora y tan bella
como la polar estrella
que marca el rumbo al marino.
¿A qué vacilo...? Valor,
que ya está previsto el modo
de mitigar su rencor:
y sé que en lances de amor
la astucia y valor son todo.

Adriana se ha ido acercando distraidamente, cogiendo flores.— Felipe avanza hacia ella, y de improviso. y sin ser percibido por Adriana, comienza la siguiente escena.)

ESCENA V.

FELIPE *y* ADRIANA.

FELIPE. Luz rutilante, por mi amor ansiada,
que el ambiente arrulló de mi pasion....
ADRIANA. ¡Ilusion! ¡Ilusion, de mí te apiada!
FELIPE. Pero, Adriana, por piedad...
ADRIANA. Huye ilusion.
No á mi memoria la fatal figura
presentes de aquel mago embaucador:
que el recuerdo....
FELIPE. ¡Infeliz!
ADRIANA Mi alma tortura,
que el despecho me mata en su furor.
FELIPE. Huye quimeras que en tu mente loca
se agitan leves, al cruzar fugaz
del despecho el recuerdo... atiende y toca...

y oye... y admira cómo soy veraz.

ADRIANA. Sí; su mirada, su expresion... mi oculto
sentimiento... mi fuego... mi delirio...
¡ay, Dios mio! me dicen...

FELIPE. ¿Qué?

ADRIANA. ¡Qué insulto
á mi honor... á mi pecho... á mi martirio!

FELIPE. Pero, Adriana, mi amor...

ADRIANA. No vilipendies
de esa santa expresion el sacro fuego:
que huyas te ruego... ¡que el volcan enciendes,
que horror me inspira, y de vergüenza ciego!
Que sé que hiende la infame hipocresía
el pecho humano en suspirar taimado,
y que á frases preciadas de «eres mia»,
las satánicas siguen «te he burlado».
Amor eterno me juraste un dia,
y otro dia mi mal acarreaste,
al probar con tus obras tu falsía.

FELIPE. Pero, Adriana, por piedad...

ADRIANA. No me escuchaste.
Cabe mi reja, entremezcladas palmas,
y miradas y frases confundidas,
se fundian en una nuestras almas,
nuestro anhelo, nuestros séres, nuestras vidas

FELIPE. ¡En la noche fatal!...

ADRIANA. ¡Que de mí huiste!

FELIPE. ¡Por piedad!...

ADRIANA. Continúa.

FELIPE. Cuando el trueno
nos hizo desistir...

ADRIANA. Y desististe
de tu mentido amor, ¡amor de cieno!

FELIPE. Oye la causa.

ADRIANA. ¡Que fingir pretendes!

FELIPE. Oye, ó desisto.

ADRIANA. Por piedad, acaba,

y veré la traicion cómo defiendes.

FELIPE. Y verás que mi amor no te faltaba.
En mi lecho posaba; un mensajero
este pliego me da, y el pliego miro:
es de mi padre, que el adios postrero
me da al llegar á su postrer suspiro.
Corrí.... y murió, y le cerré los ojos.

ADRIANA. ¡Dios le tenga en su gloria!

FELIPE. (¡Qué mentira!)

ADRIANA. ¿Y esto te hizo pagarme con abrojos?

FELIPE. Adriana, por piedad, óyeme y mira.

ADRIANA. Miro y escucho.

FELIPE. En mi mision de esclavo
de la ley militar, crucé la Galia
con Gonzalo de Córdova, y al cabo
de unos dias, pisábamos la Italia.
En pró el baluarte de la rica España,
nuestro indomable brazo castellano,
bajo el Gran Capitan, en fiel campaña,
la campiña nos da del italiano.
Con huestes tales, con caudillo tal,
los límites borrar de las naciones
era sencillo, aunque á la par rival
fueran del mundo las flotas y legiones.
Así es que en Seminara, y luego en Ceriñola,
contra *furia francesa*, el patrio fuego
vió al denuedo vencer, y á la española
victoriosa bandera izarse luego.
Allí tuve la honra de encontrarme
dia tras dia en continuada lid.

ADRIANA. ¿Y no te fué posible el anunciarme
tu partida.... tus victorias.... tu....

FELIPE. ¡Infeliz!
¿De un militar, me dije, quién espera
su vuelta ilimitada? ¿Cómo creo
que ella de mí se acuerde? Desespera,
que ella no espera tanto al himeneo;

no la hagas desdichada; felíz sea
con otro, ya que el hado me es esquivo:
yo es probable que muera en la pelea,
y ella sea infeliz si yo la escribo.
Y do fuego tamaño se alimenta,
y do tengo grabado tanto encanto,
caber no puede la maldad cruenta,
pues que, Adriana, te adoro tanto, tanto.
¿Te acuerdas del anillo que dísteme en tu reja?
¿Te acuerdas que en mi loca locura le besé,
y al aire embalsamado mi amor soltó una queja,
y estático, anhelante, tu sér caro abracé,
y un ¡ay! y otro ¡ay! lanzando la loca fantasía,
visiones placenteras gozábamos?

ADRIANA. Sí.

FELIPE. Vé.

(La enseña el anillo, colocado en uno de sus dedos.)

ADRIANA. ¡Oh! ¿conque al cabo mi sospecha es vana?

FELIPE. Ve si es vana tu sospecha al cabo.

ADRIANA. Que tu pecho guardar el mio afana.

FELIPE. Y le guardo y su amor sin menoscabo.

ADRIANA. ¿Es decir que mi amor?...

FELIPE. Vive en mi pecho.

ADRIANA. ¿Es decir?...

FELIPE. Que contrito, si pequé,
perdon te pido, y á tus pies deshecho
caiga el pecado.

ADRIANA. Te perdono, á fé.

(Le da la mano, que Felipe estrecha entre las suyas con entusiasmo.)

(No sé qué fuerza sus razones tienen;
no sé qué fuego en su mirada veo,
ni sé qué extrañas fuerzas me detienen,
ni sé tampoco lo que ya deseo.)
¡Ay! (Suspirando.)

FELIPE. Bella mia, ese postrer suspiro
el alma lleva de mi pecho anclado

en el mar de un Vesubio. ¡En tí me miro!
y si veo no sé, que me has cegado.

ESCENA VI.

LOS MISMOS *y* ADOLFO.

ADOLFO. ¡Ira de Dios!
(Interponiéndose entre Adriana y Felipe, y separándoles bruscamente.)
ADRIANA. ¡Él!
FELIPE. ¿Osais
poner sobre mí la mano?
ADOLFO. Y la espada....
FELIPE. Sois villano.
ADRIANA. Piedad, por mí.
ADOLFO. (A Felipe.) Me insultais.
Que quien desprecia el enojo
de que su altivez se escuda,
prueba que viene en su ayuda
su nobleza con su arrojo.
Prueba que en vano apelais
á las armas del cobarde.
FELIPE. ¿Sois é intentais?
ADOLFO. El alarde.
del genio.... y en él hallais
vuestro extermino, á mi ver,
que en guerra mi corazon
quiere borrar su baldon,
ó en la lucha perecer.
ADRIANA. ¡Piedad! (Procurando contener.)
FELIPE. (En cólera monto.)
ADOLFO. En guardia. (Echando mano al pomo de la espada.)
FELIPE. En guardia. (Id.)
ADRIANA. (Interponiéndose y reprimiéndoles.) ¡Dios mio!
Antes me herireis.
FELIPE. Bien. (Con una ligera sonrisa de satisfaccion, suelta la espada.)

ADOLFO. (Soltando la espada y acercándose.) Fio
en que estareis pronto....
FELIPE. Pronto.
ADRIANA. (Temo de alguno la suerte.)
ADOLFO. En estas inmediaciones, (Aparte á Felipe.)
luego....
FELIPE. Está bien; ¿condiciones?
ADRIANA. (¿Qué murmuran?)
ADOLFO. Las de muerte.
(Adolfo se dirige hácia Adriana; Felipe al costado izquierdo.)
FELIPE. (¡Ah! mi gente.... voy... y caso
que se obstine este bribon,
con la santa Inquisicion
yo le haré purgar su paso.)
(Desaparece por la izquierda. Adolfo, cogiendo de la mano á Adriana, la lleva violentamente al proscenio.)

ESCENA VII.

ADOLFO *y* ADRIANA.

ADOLFO. Enfrente de tu conciencia
tu proceder examina,
que ante ella igual se sentencia
al que quita la existencia
como al que el pecho asesina.
ADRIANA. Es verdad.
ADOLFO. Y amor me diste,
amor mentido con arte.
ADRIANA. Es verdad.
ADOLFO. Y concebiste
burlarme, y ¡ay! no previste
que yo pudiera matarte.
(Hay unos momentos de interrupcion. Adriana, se halla confundida y con la vista baja. Adolfo la contempla con altivez desprecio.)

Dí, al ménos.... al ménos, dí
¿qué te hizo, infiel, olvidar
lo que juraste y creí?
¡Ay, infeliz, ay de tí
si te empeñas en callar!

ADRIANA. La aureola que ceñia
tu sien, por la poesía,
en tu sér solo admiré,
y en el otro contemplé
el tipo del alma mia.

ADOLFO. ¡Y me jurastes amor!
y en cambio de tanto ardor....

ADRIANA. Solo me queda la muerte,
para cumplir, de esta suerte,
con fé, palabra y honor.
¿Qué es el vivir? ¿Qué es morir?
Morir y vivir es sueño;
deja que muera; mi empeño
es el dejar de existir,
para evitar tanto ceño.

ADOLFO. ¡Ay infeliz! de este sueño
que «vida» llaman, es dueño
el Supremo Creador;
y mira, al fin, que el Señor
castiga, ó premia este ensueño.
* Y este ensueño no te impide
* que veas con claridad
* lo que da en la eternidad
* qué es el alma, que se mide
* por su perfidia ó bondad.

* ADRIANA. De un monasterio aceptara
* silencio y tranquilidad....
* mas el honor lo estorbara,
* porque exigente gritara:
* «traicion, falsía, impiedad».

ADOLFO. (Lucha obstinada se agita
entre amor y compasion:

ésta vence.)

ADRIANA. (¡Cuál medita
mi maldad, que le concita!)

ADOLFO. Yo te otorgo mi perdon.

(Adriana, recibiendo una inmensa sorpresa y alegría, pretende arrodillarse á los piés de Adolfo. Este, como extraviado, la rechaza, no queriéndola escuchar, y Adriana tiene que retirarse, penetrando en la casita.)

ESCENA VIII.

ADOLFO.

Flor es amor que imbuye con orgullo
el *fuego humano*, y este fuego acrece;
flor es que aduerme con lascivo arrullo;
es flor que engendra lo que un cielo ofrece;
una ráfaga azota este capullo,
la verdad se mira, la ilusion fenece,
y yerto el corazon, en yerto páramo,
yerta ve la ilusion, yerto su tálamo.

(Unos momentos de interrupcion; va retirándose poco á poco y sin rumbo fijo.)

Fuego ardoroso,—llama volátil,
dicha sin tasa,—sin tasa horror,
tan pronto fuerte—cuan pronto fácil,
muéstraste afable,—tirano amor.
Y todos te abrazan,—y todos te aclaman;
tambien yo algun dia,—tambien te aclamé;
tendiste tus brazos,—á mí se abalanzan,
y en nítido fuego,—tu fuego abracé.

(Desaparece por la derecha.)

ESCENA IX.

ADRIANA.

(Saliendo por la puerta del edificio, sumamente conmovida.)

Quizás por mí á consumar
va su suicidio. ¡Ay, Dios!
la ventura de los dos
yo quisiera conciliar.

ESCENA X.

ADRIANA *y* FELIPE.

ADRIANA. ¡El otro!
FELIPE. ¿Qué emocion sientes?
¿Es por aquel importuno
que me robó?...
ADRIANA. No, ninguno
te sustituyó....
FELIPE. ¿No mientes?
ADRIANA. ¡Yo mentir!
FELIPE. ¡Ira del cielo!
¡y yo le juzgué tu amante!
ADRIANA. Es un amigo.
FELIPE. Un tunante.
¿Y dónde vas, mi consuelo?
¿A dónde la luz radiante
de tus ojos se dirige?
¿A dónde?... ¡que amor colige
que á eclipsar al sol errante!
¿A dónde, dí?
ADRIANA. Donde el viento,

acariciando mi sér,
de este fuego haga ceder
su inextinguible incremento.

FELIPE. Deja que crezca el amor.
que sin amor no hay ventura;
deja, divina hermosura,
acrecentar su fulgor.
Porque es ventura....

ADRIANA. El amor.

FELIPE. Y pues que ansiamos ventura,
venga el amor, porque cura
la desdicha y el dolor.
(Es la ocasion aparente
para forzar su destino.)

ADRIANA. (No sé qué tiene, es mi sino.)

FELIPE. (Aquí de mi astucia.)

ADRIANA. (Siente
mi corazon, á fé mia,
un no sé qué tan extraño
que, á la par que me hace daño,
es el colmo á mi alegría.)

FELIPE. Pintan al mundo hermosísimo,
deslumbrador el eden,
bello el amor, que es más bien
cielo, mundo y paraiso.
Y esa fiebre roedora
que nos deleita y nos mata;
esa fiebre que maltrata
nuestro sér, y que se adora,
esa inconcebible idea,
gérmen de bienes y males,
que gloria da á los mortales,
que enloquece y que recrea;
ese misterio sin par
que á todo mortal domina,
es, sí, si bien se examina,
como nada singular;

y es en vano pretender
librarse de su coyunda;
y aunque el firmamento se hunda,
vivirá, Adriana, en mi sér.

ADRIANA. Lo espero, Juan, y deliro
por mi ventura y mi encanto;
si vive por mí.

FELIPE. ¡Oh! y tanto,
que á vivir contigo aspiro:
sí, que la vida es la muerte
cuando el ángel que da vida
al corazon, ¡ay! anida
dó nos aleja la suerte.
Y atendiendo al más *acá*
disfrutemos dél en suma,
que el individuo se abruma
pensando en el más *allá*;
y nada hay como los lazos,
nada como la ambrosía
de una mujer que extasía
encarcelando en sus brazos.
Deja que en tus ojos bellos
se extasíe mi mirar;
deja que logre inculcar
en tí mi fuego por ellos.

(Va aproximando poco á poco su rostro, que toma de instante en instante actitud más provocativa, al de Adriana. Adriana, que hasta este momento ha permanecido como ensimismada y sin comprender su situacion, procura retirarse y Felipe avanza más.)

ADRIANA. ¡Atrás!

FELIPE. (Sumamente arrebatado y con grande precipitacion, hasta terminar casi esta escena, sin soltar la mano de Adriana.)

Jamás; ¡voto al cielo!
hasta ahogar de mi pasion
la ambicion de mi ambicion.

ADRIANA. ¿Y es amor eso...? recelo...
FELIPE. Que mi inquieto corazon
va destruyendo mi calma,
y cobijando en mi alma
la furia de la pasion.
Y mil edenes mirando,
y cien avernos sintiendo,
la mente, de éstos huyendo,
se va en los otros posando.
Y en éxtasis arrobante
alma, mente y corazon,
solo ven la solucion
de su propósito amante.
ADRIANA. Callad.
FELIPE ¡Mi pecho callar
este infinito de amor,
que en su fuego abrasador
todo llega á devorar,
pues, ni su ánsia le acobarda,
ni su inmundicia le abstiene,
ni el qué dirán le detiene,
ni la conciencia le guarda;
y ciego al cielo no vé,
y sordo al deber desoye!.
ADRIANA. ¿Y te escucho...? Huyo. ...
(Esforzándose para desprenderse de Felipe, sin poderlo conseguir.)
FELIPE. Oye.
ADRIANA. Es ya inútil....
FELIPE. Lo veré.
ADRIANA. ¡Qué horror! El deber traspasa.
FELIPE. Adriana, acepta mi fé.
ADRIANA. Dejadme. Vais....
FELIPE. Voy... á que..,.
Ardiente volcan me abrasa.
Cede á mi amor, torbellino
tan potente que me mata.

ADRIANA. ¡Miserable! No desata
mi honra.... ni aun el *destino*.
FELIPE. Yo desatarla pretendo
y mi intento lograré.
ADRIANA. No lo intenteis, que sabré
vencer.... matando, ó muriendo.
FELIPE. Lo veremos.
(Haciendo un esfuerzo por abrazarla.)
ADRIANA. Lo veremos. (Resistiéndose.
FELIPE. Compadécete de tí:
Si por bien no quieres.... sí,
lucharemos.
ADRIANA. Lucharemos.
(Logra desprenderse, y le da un ligero empellon.)
FELIPE. Infeliz, teme por tí....
que no permite la ley
que ultrajes así á tu rey.
(Alzando las ropas exteriores, presenta un rico trage con bordados, y en el pecho condecoraciones.)
ADRIANA. ¡El rey Felipe!... ¡Ay de mí!
FELIPE. ¿Y ahora qué dices?
ADRIANA. ¡Señor!
FELIPE. ¿Soy digno de merecerte?
(Aparece Alcocer por el fondo, y demuestra en sus ademanes y paso, que procura acelerar, comprender la lucha de Felipe y Adriana.)
ADRIANA. ¡Yo concubina! La muerte
primero que el deshonor.
FELIPE. Vé que la venganza mia
muerte y dolor puede dar.
ADRIANA. Ved que puedo yo alcanzar
martirio y gloria ese dia.
FELIPE. Vé que juega con tu suerte
el destierro tu familia.
ADRIANA. Ved que más preferiria
á su deshonra la muerte.

ESCENA XI.

LOS MISMOS *y* ALCOCER.

ALCOCER. La muerte.... tienes razon, (Indignado.)
que estos altivos señores
creen que ni honra ni honores
nos admite el corazon.

(Felipe se abotona por completo el trage exterior, aunque el interior permanecia ya oculto, como queriendo evitar reste algun indicio que acredite su posicion social. Adriana parece oscilar entre la alegría y el temor de ver á Alcocer.)

Pero patente se ve
en su rostro y su bajeza
que la dignidad empieza
donde acabar debe, á fé.

FELIPE. Tened un poco la lengua,
¡vive Dios! que á no estar cano....
no con daga.... con la mano
os la arrancara por mengua.

ALCOCER. ¡A mí!... Juventud perdida,
devuélveme tu entereza,
y juro que su cabeza
rodará, en sangre teñida;
que, si me faltan los brios,
se acumulan en mi pecho
la indignacion y el despecho.

ADRIANA. Padre, que es el....

(Felipe la interrumpe, agitándola violentamente de un brazo Alcocer lo nota y empuña la espada.)

ALCOCER. ¡Cielos mios!

ADRIANA. Callad.

(A Alcocer, procurando dirigirle una mirada de inteligencia, que no ve por estar con la vista fija en la espada, que procura desenvainar.)

FELIPE. Chiton. (Aparte á Adriana.)

ALCOCER. Dios de la ira,
Dios de Dios, prestadme ayuda.

(Al ver que no sale la espada con la precipitacion que desea.)

ADRIANA. Tened, padre. (Deteniéndole.)

ALCOCER. (Hace un esfuerzo y logra desprenderse de Adriana, empuñando otra vez la espada, despues de señalar su pecho.)

No haya duda
del rencor que aquí conspira.

FELIPE. Si viertes una palabra (Aparte á Adriana.)
que me llegue á descubrir....

ADRIANA. ¡Señor! (Aparte á Felipe.)

FELIPE. (Id. á Adriana.) Te debo advertir
que vuestra desdicha labra.

ALCOCER. Que si conservé hasta hoy
mi altivo honor sin mancilla,
lucharé.....

FELIPE. Mi sér no humilla
así mi linaje; soy
de alta prosapia.

ALCOCER. ¿Y qué?
¿Y qué, si el guante tirara
aunque el rey fuera á la cara?

FELIPE. (¡A la cara! Me tendré....
que mi incógnito lo exige.)
Y ese guante recogiera
si de mi prosapia fuera,
y más jóven, se colige;
sí, más jóven.

ALCOCER. Qué ¿los años
no reconocen honor?
¿no da el despecho valor
capaz de causar más daños?

(Adriana, llorosa, parece dudar sobre qué actitud la será más conveniente tomar. Felipe, rebosando desprecio, tiende miradas recelosas por la campiña.)

Y que es caballero infiero
quien solo una senda pisa,
donde solo se divisa
acciones de caballero.
Mas no por infanzonía
es honrado y caballero
quien es más ruin que el pechero
que en todo muestra hidalguía.
Y si del mundo al través
se ve así, no así ante el cielo:
ni debe darme desvelo
quien tan cobarde y ruin es.

FELIPE. ¡Cobarde!

ADRIANA. (A Felipe.) Piedad, señor.

ALCOCER. Cobarde sois.

FELIPE. Injuriar
al que no os puede matar
porque lo impide su honor.

ALCOCER. Si al honor prostituis,
¿cómo es que al honor llamais?
Y si al honor ultrajais,
¿por qué al honor recurrís?
El guante á la cara os tiro,
y no aceptais ese guante,
por excusas de farsante
y que con desprecio miro.

FELIPE. ¿Si de clases no entendeis,
os tengo la culpa? Nó.
Si yo nací alto, y vos....

ALCOCER. Yo
soy noble, y la prueba veis
en que la espada me ciñe.

FELIPE. Sí, pero noble de *puño*,
y el *noble* y *noble* de *cuño*
os lleva un noble, y no riñe.

ALCOCER. No riñe, porque bajeza
ninguna encierra mi pecho,

que si no, os hubiera hecho
reñir.... ó dar la cabeza.
Y ese modo de pensar
del que noble nace y vive,
es absurdo.

FELIPE. Se concibe
sin título así opinar.

ADRIANA. Dejad quimeras.

ALCOCER. No tal.

ADRIANA. Por mí.

ALCOCER. Por tí....

ADRIANA. Por mí imploro.

ALCOCER. Cejaré, porque te adoro.
Y vos, engendro infernal,
vos, que tan alto os creeis
y tan deshonrado estais
que mi deshonra trazais
y solo la vuestra veis,
id de ese mundo á través
esparciendo la deshonra:
¡porque os sobra con la honra (Con ironía.)
de vuestro noble *pavés*!

(Vuelve la espalda á Felipe, que queda reflexionando y como indeciso en la determinacion más propia á seguir, junto al paño de la izquierda: da un ósculo en la frente de Adriana, y tomándola de las manos, conversa con ella aparte.)

ESCENA XII.

LOS MISMOS *y* ADOLFO.

(En tanto que Felipe, Adriana y Alcocer guardan las actitudes citadas, se presenta Adolfo, con un legajo de papeles bajo el brazo, sobre el dintel de la puerta.)

ADOLFO.

Halagüeñas esperanzas, concebidas hace tiempo,
ilusiones perentorias, ¿por qué á mi mente volveis?

* ¿por qué, recuerdos tiranos, volveis á mi pensamiento?
* ¿por qué, desvelos infaustos, su fausta nueva traeis?

(Avanza en escena unos pasos, y vuelven hácia él todos la vista.)

ADRIANA. (¡El!)
FELIPE. (¡Mi rival!)
ADOLFO. (Por Felipe.) (Su presencia
más aviva mi rencor.)
ALCOCER. ¿Qué es eso, Adolfo?
ADOLFO. Señor,
quizás nuestra eterna ausencia.
ALCOCER. ¡Cómo!
ADOLFO. ¿Ignorais la traicion
de Adriana? (Señalando á Felipe.)
ALCOCER. ¿De Adriana...? (¡Oh genio,
ayúdame con tu ingenio
á salvar la situacion!)

(Se pone á meditar. Adriana se halla confundida y llorosa. Adolfo se acerca á Felipe, y, al pasar cerca de Adriana, la dirige una mirada de indignacion.)

ADOLFO. (Aparte á Felipe.) No lejos de aquí os espero.
FELIPE. (Aparte á Adolfo.) Esperadme enhorabuena.
ALCOCER. (¡La salvé!)
ADRIANA. (¡Cuánta es mi pena!)
FELIPE. (¡Infelíz!)
ADOLFO. (Matarle quiero.)

(Felipe dirige miradas de ansiedad por la izquierda, como si esperase ver aparecer algo: se retira hasta el fondo, y aun se oculta algunas veces entre telones, demostrando impaciencia.)

Adios. (A Adriana y Alcocer.)
ADRIANA. Tu fiel corazon,
probado en la adversidad,
no negará á mi amistad,
si el amor sí, no el perdon.
ALCOCER. ¿Por qué no el amor?
ADOLFO. Jamás.

Quien tan mentida traicion
reservó á mi corazon,
no me merece.

ADRIANA. ¡Esto á más!

ALCOCER. ¡Calma ese ciego temor!

ADOLFO. ¡Calmar...!

ALCOCER. Escucha, hijo mio,
si en ella fuera desvío,
te aconsejara el rencor.
Pero débil, pobre, aislada,
sin más tutor que yo mismo,
que tengo el pié en el abismo
del *no ser* ó del *ser nada*,
á mis empeños cedió;
que del mundo en la estrechez,
solo preví avilantez
para Adriana, muerto yo.

ADRIANA. ¡Dios mio! ¿Qué decís? (Con alegría.)

ALCOCER. Calla.
(Aparte á Adriana.)

ADRIANA. ¿Tal sacrificio por mí?

ALCOCER. Créeme, Adolfo, reñí
con ella fuerte batalla
de constancia.... y la mostré
el mundo, el amor de niño,
su insconstancia, y el cariño
hácia el oro... y te nombré...

ADOLFO. ¿De mí dudásteis?

ALCOCER. Si en pós
va de su fin nuestro *lodo*,
se suele dudar de todo,
de todo.... menos de Dios.
Y espero que tus rencores
cesarán ante mi ruego;
esto te implora el que, ciego,
sacrificó tus amores.

ADOLFO. Si huérfano ya me ví

en mi más temprana edad,
debiendo á su caridad
cuanto espero, soy y fuí,
permitiré.... no, Alcocer,
que en tanto agradecimiento
no cabe, no, ni un momento
despechado proceder.

ADRIANA. Gracias, Adolfo, y perdon. (Se arrodilla.)

ALCOCER. Perdon, y gracias.

ADOLFO. Levanta, (A Adriana.)
que aunque el porvenir me espanta,
solo guardo compasion.

FELIPE. (Satisfecho al ver cumplida su ansiedad.)
(¡Ah! gracias. Ya están allí,
para vengarme dispuestos,
mis cortesanos apuestos,
donde les dije: ¡ay de tí!)

(Avanzando hasta el proscenio y dirigiéndose á los tres.)

¡Cuán bien la dicha os sonrie!

ADRIANA. Dios premia así la traicion.

FELIPE. ¿Así la premia? ¡Atencion,
si vuestra dicha os engrie!

(Leyendo un papel.)

«Os juro, por esta cruz
»mal trazada por mi diestra,
»ser vuestra, por siempre vuestra,
»en todo, hasta el ataud.
»Y en prueba del juramento
»tan sincero como hago,
»no os exijo ni aun el pago
»de vuestro agradecimiento.»
Esto jurásteis un dia.

ADRIANA. En que yo os creia fiel.

ADOLFO. (No concibo tanta hiel.)

ALCOCER. ¿Cumplísteis vos, á fé mia?

ADOLFO. ¿Vuestros juramentos?

ADRIANA. Fueron

por el Aquilon llevados.

ADOLFO. ¡Y hay séres tan desalmados
y que tan altos nacieron!

FELIPE. Si esta prueba de su amor
ve la gente cortesana,
la juzgarán más liviana
que las que venden su honor.

ADOLFO. (No cabe, no, dentro el pecho
el despecho por su mengua.)
(Le coge el papel y lo rasga.)

FELIPE. ¿Qué haceis?

ADOLFO. ¡Cortaros la lengua
por miserable!

FELIPE. ¡Oh despecho!
¡Tal ofensa...!

ADOLFO. ¡Vive Dios!

ALCOCER. ¡Menguado! (A Felipe.)

ADOLFO. ¡En guardia! Que todo
(Desenvainando la espada.)
castellano, sabe el modo
de vengar las bellas.

FELIPE. ¿Vos
defendeis á quién...?

ADOLFO. ¡Callad!
Que quien, cual yo, es caballero,
siempre desnuda su acero
en pró de la humanidad.
Cumplid.

ADRIANA. ¡Dios mio!

ADOLFO. Cumplamos.

FELIPE. Contra tu señor y rey. (Descubriendo sus insignias de rey.)

ADOLFO. Del honor ante la ley
sois lo mismo.

FELIPE. (Sacando la espada.) Combatamos.

ALCOCER. ¡El rey ha dicho!

ADRIANA. Sí, el rey.

ALCOCER. ¡Es posible!
ADOLFO. Claro está
que quien así obra, será
de estirpe régia, es de ley.
ADRIANA. Cejad.
ADOLFO. No.
FELIPE. Allí os espero.
ADOLFO. No; que la ofensa fué aquí,
y se debe ante ella, sí,
recobrar su honor primero.
ADRIANA. Yo no permito....
FELIPE. ¡Oh!
ADOLFO. ¡Atrás:
que cuando espada se ciñe,
no hay honor si no se riñe
por las ofensas, jamás.

(Al verse obligado Felipe, cruza su espada con la de Adolfo. Adriana pretende interponerse, pero la contiene Alcocer. Impaciencia en ambos. Felipe queda desarmado despues de unos instantes.)

FELIPE. ¡Ira de Dios!
ALCOCER. ¡Ah!
ADRIANA. ¡Piedad!
FELIPE. ¡Desarmado!... ¡vive el cielo!
ADOLFO. Tomad la espada.
FELIPE. No.
ADOLFO. El duelo
no ha acabado.
FELIPE. Sí, en verdad.
Heridme.
ADOLFO. ¡En mí tal bajeza!
Id con Dios, y que Castilla
nunca sepa la mancilla
de su rey, que á serlo empieza.
Nunca llegue á percibir
que eligió, para baldon
del reino, en otra nacion

un villano á quien sufrir:
que si partidario fuí
del que á insultarnos se apresta,
y quise la gloria vuestra
cantar.... reniego de mí.
Y para poder callar....
del mundo mi patria haré,
y á Castilla tornaré
cuando no os pueda encontrar.
Y tú, si al errante bardo
tributas amor constante,
tiempo llegará en que amante
me encontrarás....

ADRIANA. ¡Oh, te aguardo!

ALCOCER. No; porque temo, en razon,
con la Inquisicion al rey,
y, antes que sufrir su ley,
á vivir en Aragon.

(El rey queda anonadado. Los otros se retiran precipitadamente.)

FIN.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de la Viuda é Hijos de Cuesta, y de Moya y Plaza, calle de Carretas; de A. Durán, Carrera de San Gerónimo; de L. Lopez, calle del Cármen, y de M. Escribano, calle del Príncipe.

PROVINCIAS.

En las principales librerías y comisionados de los señores Gullon é Hidalgo.

3 0112 115878743